

LOS HIJOS DEL SOL

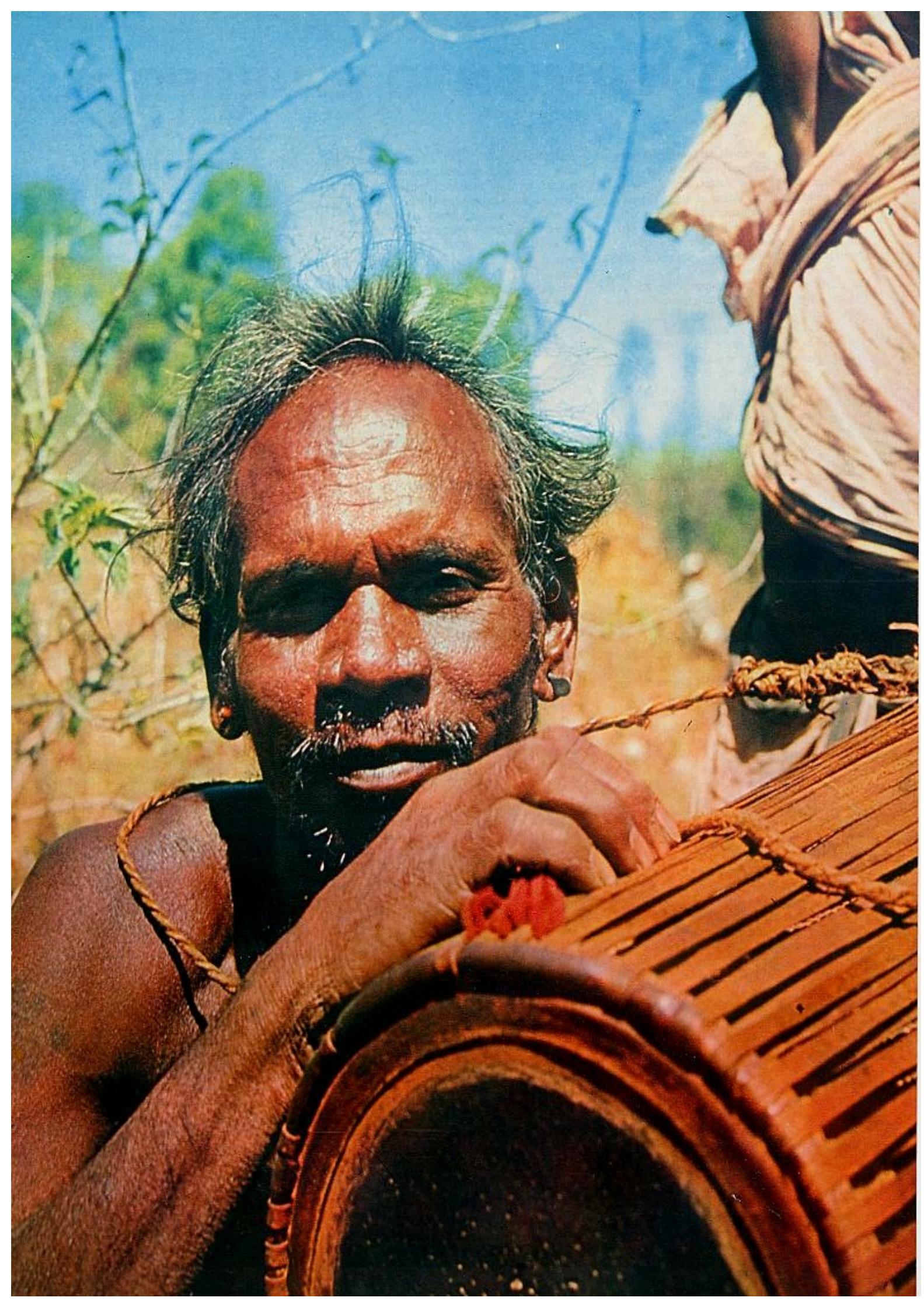
UNA cosa que no había podido comprender todavía; ¿por qué el jefe, Naya, vivía en una cabaña separada, invisible desde el resto del poblado, escondida por un matorral espeso y espinoso? No había visto jamás esto en otras comunidades primitivas; ordinariamente la cabaña del jefe está en una situación preeminente o por lo menos alineada con las demás, y luciendo la señal de mando. El cono de hojas de Naya Birhor no tenía ningún emblema, y esto ya se puede admitir, porque como ya expliqué anteriormente, el jefe, para los Birhor, no disfruta de poderes especiales: ¿pero cuál era la causa de aquella separación, que evidentemente no era casual? Obtuve la respuesta poco después del alba de uno de los últimos días de mi permanencia en el campo. Creía que se estaba preparando una nueva cacería, pero el sol ya estaba a punto de aparecer detrás de una colina, y todo permanecía en silencio. Desde mi tienda había oído a los hombres que hablaban y se movían, pero mientras me vestía entraron de nuevo a sus cabañas y tal vez se pusieron de nuevo a dormir. Salí y vi el poblado desierto. Pensé ir a Naya para pedirle información, atravesé el campo, rodeé el matorral y me detuve sorprendido. Estaba arrodillado detrás de su cabaña, con las manos juntas en la posición de oración que el Oriente ha transmitido a la Cristiandad, los ojos cerrados. Me acerqué silenciosamente, permanecí observándole. Estaba vuelto a Levante, inmóvil, únicamente sus labios murmuraban brevísimas frases, parecía que estaba en espera de alguna cosa. De repente el sol brilló sobre su cuello y los primeros rayos iluminaron su rostro. Naya, con los ojos cerrados, recitó casi sin levantar la voz una especie de letanía, hizo una pausa, la repitió maquinalmente, sin inflexiones de tono, sin expresión, y por fin se puso las manos en la frente y se prosternó, levantándose súbitamente. Su oración al dios Sol había acabado. Me vio y quedó sorprendido. Comprendí que había hecho una cosa inconveniente, espiarlo en un momento religioso; pero yo era un ciududor, un hombre de la luna, y por lo tanto estaba fuera de sus reglas, y tal vez los tabús no contaban para mí. Naya acabó sonriéndome, aunque se notaba que tenía que hacer un esfuerzo para ello y yo le pregunté: ¿Hay algo de caza para hoy? Hizo señal negativa con la cabeza e indicó el Sol; había algo que no marchaba bien (nunca supe de qué se trataba), el dios no lo quería. ¿Y los demás no rogaban? No, únicamente él. Entonces comprendí que el aislamiento de su cabaña tenía relación con su oración solitaria.

La vida espiritual de los Birhor que me hospedaban desde tantos días en su campo era misteriosa para mí, aunque había co-

Por GIANNI ROGHI

nocido casi todo su modo de vivir, es decir de procurarse los alimentos, de sacar la corteza de los árboles para la obtención de las fibras, de tejer las cuerdas y después de mantener viva la estructura de su sociedad tribal, fundada en el núcleo familiar autónomo y el sistema exogámico entre los clan; pero siguiéndolos y estudiándolos en la jungla, cuando iban de caza, o siguiendo a las mujeres en la búsqueda de tubérculos silvestres entre la hierba, únicamente había podido intuir su temor por los espíritus, los bongas, que habitan en las selvas y las tinieblas y se incorporan a ciertas aguas, en ciertas rocas o árboles, en ciertos animales, y que casi exclusivamente de noche podían ejercer su poder maléfico. Pero esta era poco para mí, y me preguntaba cómo sería posible hacer un sondeo en su mundo interior. Los etnólogos han tropezado siempre con esta dificultad de penetrar la espiritualidad de los primitivos, sea por una cuestión propia del lenguaje semántico, sea por la dificultad de interpretar correctamente la construcción mitológica, a veces de una increíble complejidad, de una cultura que durante millares de años se ha desarrollado en espiral, casi exclusivamente sobre sí misma. También los primitivos de hoy han tenido su neolítico, y habiendo llegado a 1965, han atravesado una prehistoria y una historia, y antes de empezar a progresar técnicamente han empleado todas sus energías intelectuales en el desarrollo de un mundo interior, para nosotros hombres de hoy, casi del todo ininteligible. «Sus sabios han elaborado una cosmología grandiosa», dice Lévi-Strauss de los Bororo amazónicos. El danés Bjerre refiere cómo algunos aborígenes australianos le demostraron una sensibilidad y capacidad rbdomántica excepcional. Lucas Bridges describe los milagros tipo yoga de un hechicero Ona de Tierra del Fuego. Se trata de etnólogos que han navegado mucho a lo largo del mar magno de la psicología «primitiva». En la isla Andame, habitada por una de las poblaciones más salvajes del globo, los jarawa, negritos pigmeos de origen birmano, discutí durante algunos días con el antropólogo indio Kochar la estructura de su cosmogonía, y en cierto punto llegamos a convenir que no era menos complicada (y menos poética) que la griega o la hindú, pero ciertamente más vinculante, más determinante de la personalidad que cualquier religión más moderna. Los jarawa aparecían sumergidos en un mundo de reglas, de tabús, de creencias, formalidades y ceremonias religiosas, **SIGUE**

Naya, el jefe de la tribu y gran sacerdote, ruega, al amanecer, al dios Sol. Arrodillado junto a su cabaña, se le oye murmurar palabras que le fueron transmitidas por sus padres y a éstos por los suyos. Los demás miembros de la tribu adoran al Sol, pero en silencio.



UN PENSAMIENTO EN ESPIRAL

en las cuales no se movía una hoja sin motivo, una causa espiritual, sin una serie de interrelaciones con otros sutiles acontecimientos reales o imaginarios; universo en que el hombre había de moverse con extremada cautela y vigilancia, como una bola obligada a circular entre numerosos obstáculos mortales, lentamente, prudentemente, humildísimamente, procurando no tocar uno solo, desde la salida a la llegada, desde el nacimiento hasta la muerte. El etnólogo que se ocupó a fondo de estos jarawa, el inglés Brow, escribió más de cuatrocientas páginas densas para decir algo de su mundo espiritual, y al leerlo me ha parecido que me enfrentaba con algunas regiones de mi subconciencia. A pesar de todo, los jarawa no concian la escritura, como tampoco la conocen los Birhor, entre los cuales me encuentro actualmente, ni usaban instrumento de más complicación que el arco.

Sobre los Birhor había podido leer únicamente unas pocas páginas a ellos dedicadas por un etnólogo indio sobre la población del Bihar: la bibliografía sobre este particular no me da más ni mejor. En Ranchi discutí el asunto en casa del doctor Sachchidananda, director del museo antropológico. Así conseguí conocer la bella historia de los orígenes de los Birhor, según su misma mitología. Había una vez siete hermanos, hijos del Sol; descendieron a la tierra, y cuatro marcharon a Levante y tres se quedaron en la región de Ramgarth. Estos tres tuvieron que hacer frente a los jefes de aquel país (como puede verse, la leyenda no excluye la existencia de otros hombres; pero no habían nacido en el Sol; en el capítulo anterior he dicho que ellos se consideraban como los únicos verdaderos hombres, es cosa típica de la mayoría de los primitivos; en el fondo, racistas). Los tres se pusieron en marcha, pero uno de ellos se enredó la cabellera en una rama del bosque, consideró que aquello era un mal presagio y se detuvo. Los otros dos prosiguieron, derrotaron a los jefes y volvieron a la selva, encontrando a su hermano ocupado en sacar la corteza de un árbol. Decidieron llamarlo Birhor, que significa leñador, hombre del bosque, y él se molestó y contestó que antes que acompañar a sus hermanos tan descorteses, prefería quedar Birhor para siempre. Y fue el primer Birhor, señor del bosque. Los otros dos hermanos fueron rajates y lo olvidaron.

No me sorprendió como cosa nueva la relación de los Birhor con el Sol, y aquella oración de Naya sirvió para mí de inesperada confirmación. La religión de los primitivos, por otra parte, es casi siempre de tipo uránico: las divinidades (no los espíritus) habitan en el cielo, bajo la forma de cuerpos celestes, Sol o Luna, emparentados o no, o tal vez en forma de fenómenos meteorológicos, como por ejemplo los monzones, imaginados como el soplo de un dios desconocido o tal vez como substancia del mismo dios. El Sol era adorado por los incas, el dios Mitra (sol, en griego) llegó a Roma desde el Oriente, poco antes del cristianismo, y se celebraba en 25 de diciembre. Pero una conversación sobre el Sol con mi Naya no pudo tener lugar hasta que regresó para encontrarme de nuevo el muchacho Ho que me había servido de guía para llegar al campamento Birhor. Apareció una mañana, dos días más tarde que la fecha convenida, y vino acompañado de un hombre de su misma raza, que aunque tenía agujereados los lóbulos de las orejas debía ser una especie de jefe de poblado, hombre de confianza del gobierno distrital, y que por fortuna conocía algo de la lengua in-

glesa y bastante del Birhor. Durante aquella jornada, con infinita paciencia, reunidos todos bajo el gran árbol de la llanura, pude interrogar a Naya y a sus cazadores que le rodeaban en círculo, anotando las preguntas y respuestas en mi carnet. Transcribo lo esencial. Los interlocutores somos yo que pregunto y Naya que me contesta, a través de la traducción del hombre Ho. Como se ha de suponer, se trata de una traducción del sentido, ya que la traducción literal es imposible, porque en la lengua birhor no existen muchas palabras, tales como «objeto» o «figura».

—¿Haces oración al Sol cada mañana?

—Sí, cuando amanece y da principio el nuevo día.

—¿Oras en otras horas?

—No.

—¿Por qué?

—Durante el día el Sol está mirando muchas cosas, y por la tarde es inútil hacerle oración porque se marcha.

—¿El Sol, a quien tú llamas Singbonga, es como un hombre, tiene la figura de hombre?

—No.

—¿Cómo te lo imaginas?

—Tal como se le ve, es él.

—¿Pero es un objeto, una cosa que se podría tocar, o más bien un espíritu?

—No lo sé; es como el fuego que se puede tocar, pero no es un objeto.

—¿Singbonga es, pues, un dios?

—Sí.

—¿Hay otros dioses?

—No.

—¿Qué es la Luna?

Contestación extremadamente complicada y aparentemente contradictoria: la Luna sería un espíritu benigno de la noche, en cuanto da luz, pero es hija de las tinieblas malignas; por esta

razón es de luz débil y tiene débiles fuerzas; por esto el Sol, que es fuerte, sale cada día, mientras que la Luna debe pasar unos períodos de sueño.

—¿Y las estrellas, qué son?

—No lo sé.

—¿Te gustaría saberlo?

—¿Cómo se puede subir al cielo para saberlo?

—¿Si yo te pudiera enviar al cielo para saberlo, irías?

—No se puede subir al cielo, ni siquiera puede hacerlo un pájaro.

—¿Es la Luna tal vez la esposa de Singbonga?

—No.

—¿Singbonga es bueno?

—Singbonga da luz, por esto es bueno.

—¿Hay alguien malo?

—Los bongas, los espíritus.

—En especial de noche, ¿no es verdad?

—Sí, cuando Singbonga se ha marchado, los bongas pueden hacer mal.

—¿Habéis visto jamás que durante el día el Sol se pusiera negro?

—Sí. Sucedió una vez. Estaba enfadado con sus hijos; pero rogamos que los perdonara y volvió a aparecer.

—De no haberlo hecho, ¿qué hubiera sucedido?

—Que hubiéramos muerto todos.

—¿Le hacen oración también los demás?

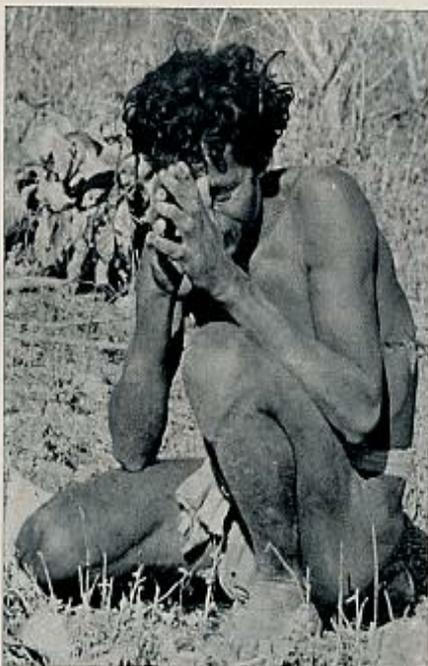
—No. Singbonga escucha únicamente a un Naya, porque únicamente un Naya desciende de Birhor, su hijo.

—De esta forma, ¿Naya ruega por todos?

—Sí, pero también los demás hombres pueden ponerse de rodillas con él y hacer reverencia, asistiéndolo en la oración.

El pensamiento Birhor, relativamente sencillo en la cuestión de la divinidad, se hace en seguida más difícil e intrincado, aunque consecuente con su lógica, al indicar las relaciones del hombre con lo divino, del hombre con el mundo inmaterial. Aquel pequeño hombre oscuro, que solamente sabía cazar monos y tejer fibras vegetales, hablaba con seguridad de los mismos argumentos de Platón y de Bergson. No era un filósofo, no expresaba los frutos de su propia inteligencia, su pensamiento personal; repetía lo que los sabios de su pueblo habían establecido desde tiempos inmemoriales, y que la tradición oral había conservado a través de la memoria de los Naya; recopilaba una filosofía que había llegado a ser fe común.

Tenía un preciso conocimiento de la existencia de una entidad espiritual en el hombre, pero no la llamaba espíritu (bonga), sino sombra, umbul. Decía que la sombra, cuando muere el hombre, llega al mundo de los espíritus y se convierte en otro espíritu, en condiciones de igualdad, y por esta razón libre de sus influencias malélicas. La muerte como liberación, pero también como sublimación, como consecución de un estado de poder superior. Además, juntamente con la sombra, que podía ser considerada nuestra alma, subsistían en el hombre otras dos esencias inmatriciales, masculina y femenina, que permanecían unidas hasta después de la muerte corporal, en espera de una reencarnación, siempre juntas, en un nuevo individuo, hombre o mujer. Estas dos entidades constituían una especie de flujo vital desposeído de caracteres individuales, pero in-



Un miembro de la tribu Birhor, arrodillado, se concentra para adorar al Sol en la hora en que éste se eleva tras los montes. Es el más solemne episodio del día. La superstición domina todavía.



Algunos Birhor intentan fumar por vez primera un cigarrillo, obsequio de su huésped, el periodista. No saben aspirar el humo y tosen, aunque otros consiguen aprender con vivo placer. Los Birhor no conocen el tabaco, al contrario que otras muchas poblaciones aborígenes. El periodista repartió numerosos cigarrillos entre ellos.

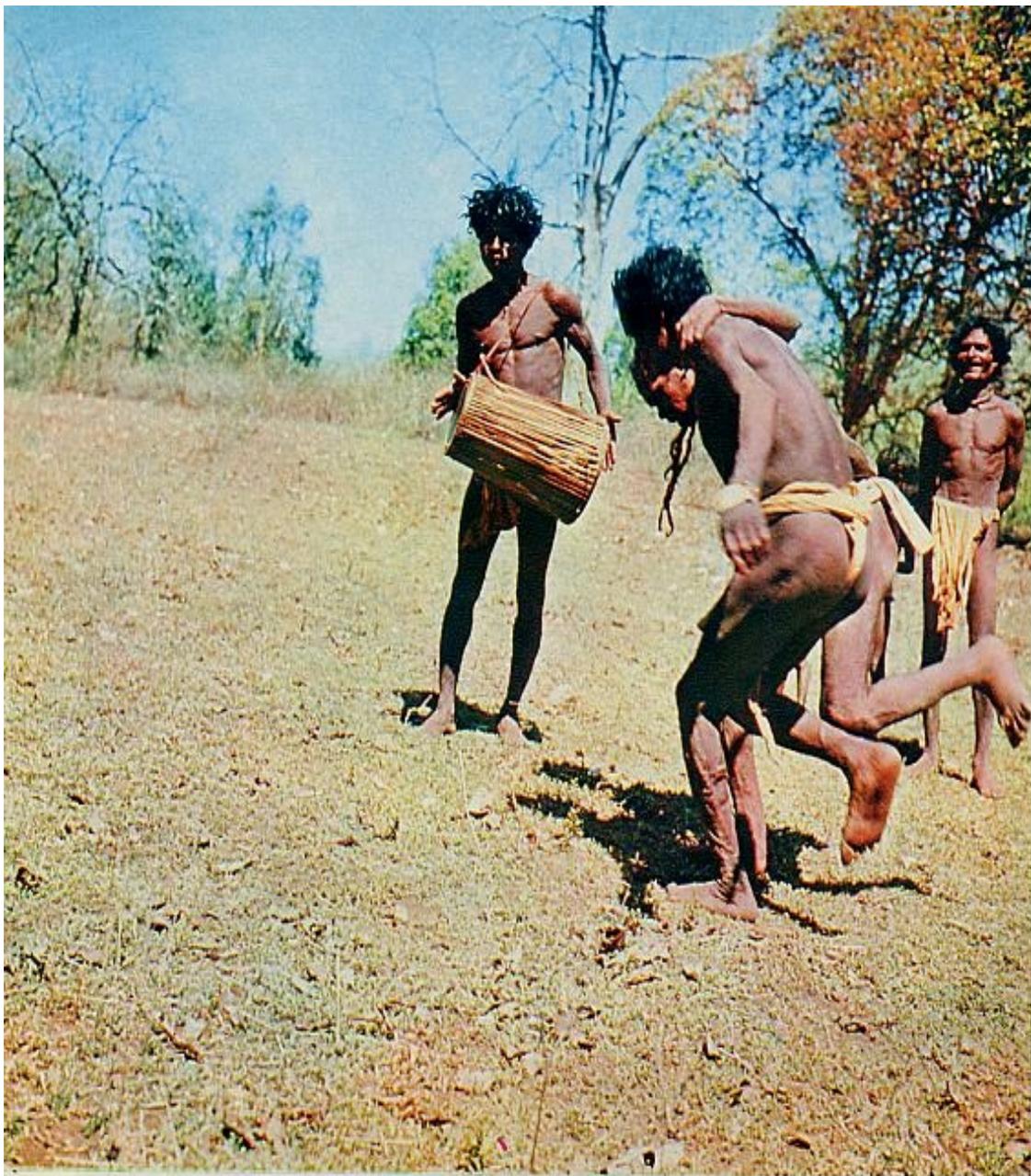
extinguible, destinado a ser transmitido de un cuerpo a otro. El hombre —decía Naya (tratando naturalmente del hombre Birhor, hijo del Sol; sobre los demás ni siquiera se planteaba el problema)— es como el fuego, que de pequeño se convierte en grande, y después muere, para renacer en otra parte; es siempre el mismo fuego, pero no es siempre la misma llama. Un concepto casi budista.

Era éste el punto de partida para comprender la idea de la vida humana de mis Birhor. Los cuales, situados a mi alrededor, escuchaban no menos atentos que yo las palabras de Naya, ya que él sólo sabía de memoria estas viejísimas cosas, esta sabiduría de origen divino. Aunque ya las conocían, por haberlas oído en otras ocasiones, principalmente en las ceremonias de las iniciaciones para el ingreso en la pubertad y luego en la edad viril, pero podían haberlas olvidado en parte; solamente Naya tenía la obligación de mantenerlas vivas en su interior, y transmitir las al primogénito masculino, de la misma forma que tenía la misión de rogar por todos. Su vida era, pues, una carrera ascendente con etapas bien definidas: nacimiento, infancia, adolescencia, juventud, matrimonio, vejez, muer-

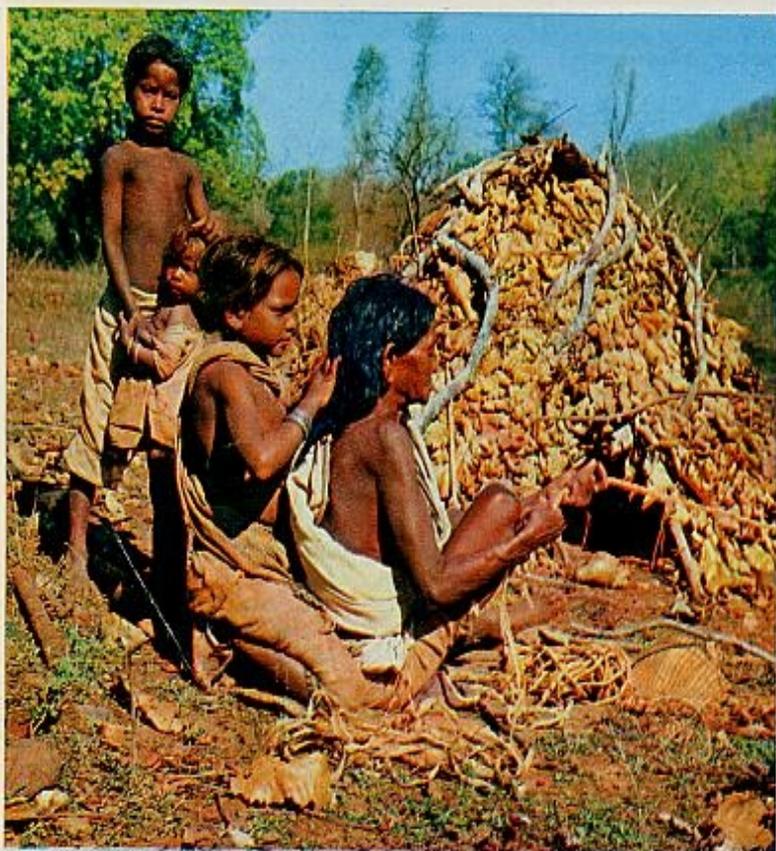
te. Ascendente, ya que se aproximaba a la condición suprema: la transformación en espíritu. Pero había una cantidad incalculable de espíritus malignos que estorbaban esta carrera, y debían ser tomadas precauciones en una cantidad no inferior para neutralizarlos, especialmente en los momentos más delicados, esto es, en las fases de transición de uno a otro estadio. Para esto eran indispensables las ceremonias de iniciación o propiciación, ya sea para la muchacha que llegaba a la pubertad, ya para la pareja que se desposaba, o bien cuando un individuo nacía o moría. Eran los momentos en que la persona se encontraba más indefensa, como la mariposa que sale del capullo en los primeros instantes que vive en forma de insecto, y los espíritus podían atacarla con mayores probabilidades de éxito.

Tres o cuatro días después de mi llegada nació en el campamento un niño. Madre e hijo se mantuvieron aislados en su tienda, bajo la protección del tabú; no podían tener cerca a extraños, la madre no podía salir del estrecho recinto de su habitación, ni podía confiar el pequeño a cualquiera, ni tan sólo a su padre. Este rigor duró algunos días; después tuvo lugar una ceremonia nocturna en la que tomó parte todo el

poblado, celebrando el fin de la segregación. Por los exorcismos que pronunció Naya, comprendí que el tabú había afectado también a la cabaña de la madre. Esta, al día siguiente, por la mañana, vino a encontrarme en mi tienda, y llena de temor me hizo un signo para que la siguiera hasta su cabaña; en estos momentos, en que el tabú ya había sido superado, deseaba que yo visitase al niño en el octavo día de vida. El pequeño era robusto, tendido movía sus piernecitas entre las hojas, tenía los ojos medio cerrados. Indiqué a la madre que era fuerte, y que sería grande y hermoso. Sonrió de una manera radiante; se lo decía el hombre de la luna, que sabe hacer milagros con los polvos y las gotas, había de ser absolutamente cierto; me ofreció leche de su pequeña cabra, con un gesto no tanto de simple regalo, sino más bien propiamente ritual. Había sido una escena poética, digna de ser cantada. Me refrescó la memoria de ciertas páginas de Verier Elwin, el etnólogo de Oxford, que pasó su vida entre las tribus indias. Con bastante dominio de la lengua de una población tribal de las colinas de Maikai, se dio cuenta de que la gente «hablaba en poesía»; el fuego era una flor desprendida de un árbol seco; su sombrilla **SIGUE**



Los miembros de la tribu ancianos prueban pasos de danza ante la alegría de todos. Por la noche participarán en un baile en honor del periodista.

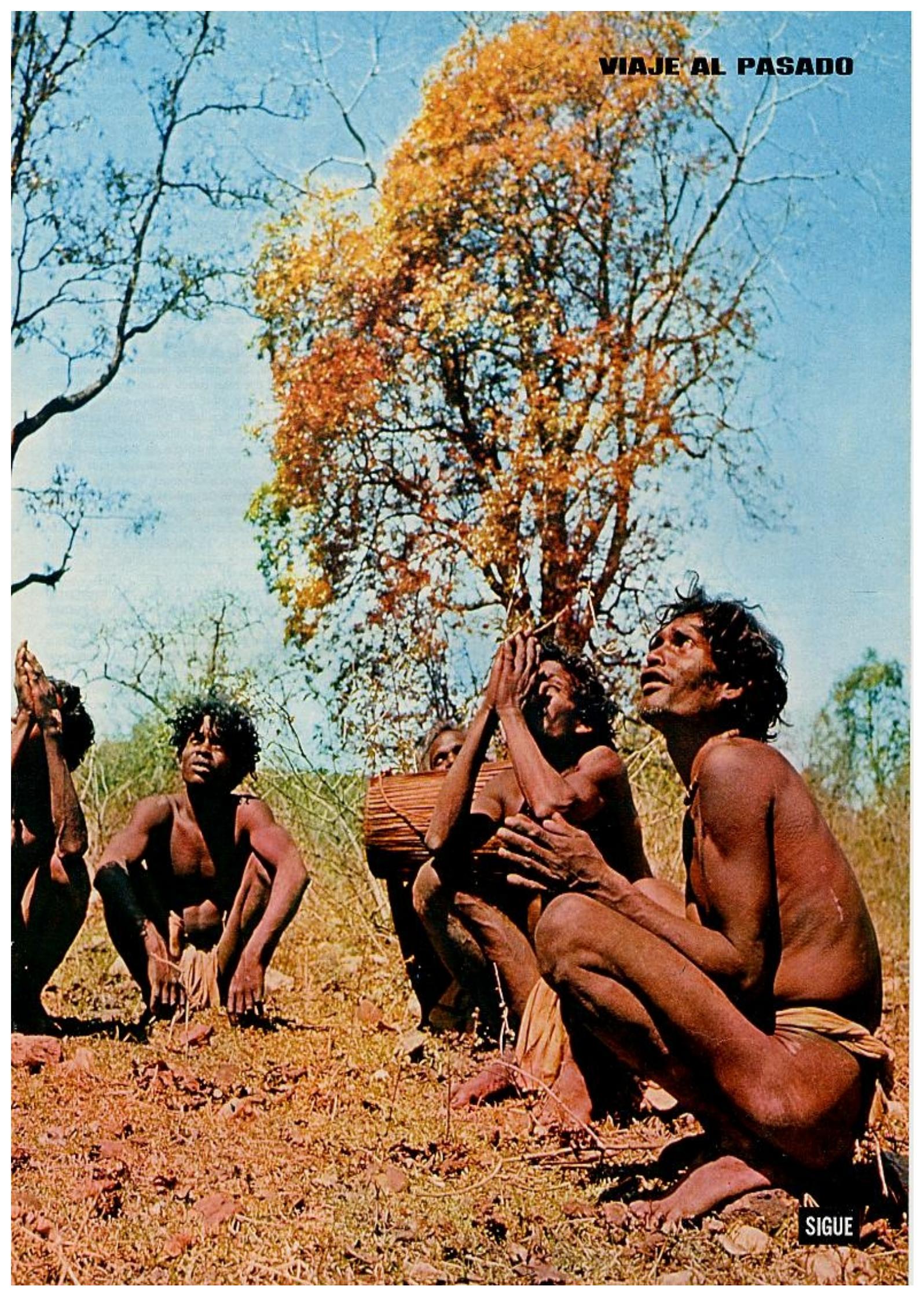


Una niña Birhor peina a su abuela. El cuidado de los cabellos es una característica de casi todos los pueblos primitivos, algunos de los cuales lo convierten en verdadera manía. Ciertos peinados africanos requieren por lo menos seis horas de trabajo.

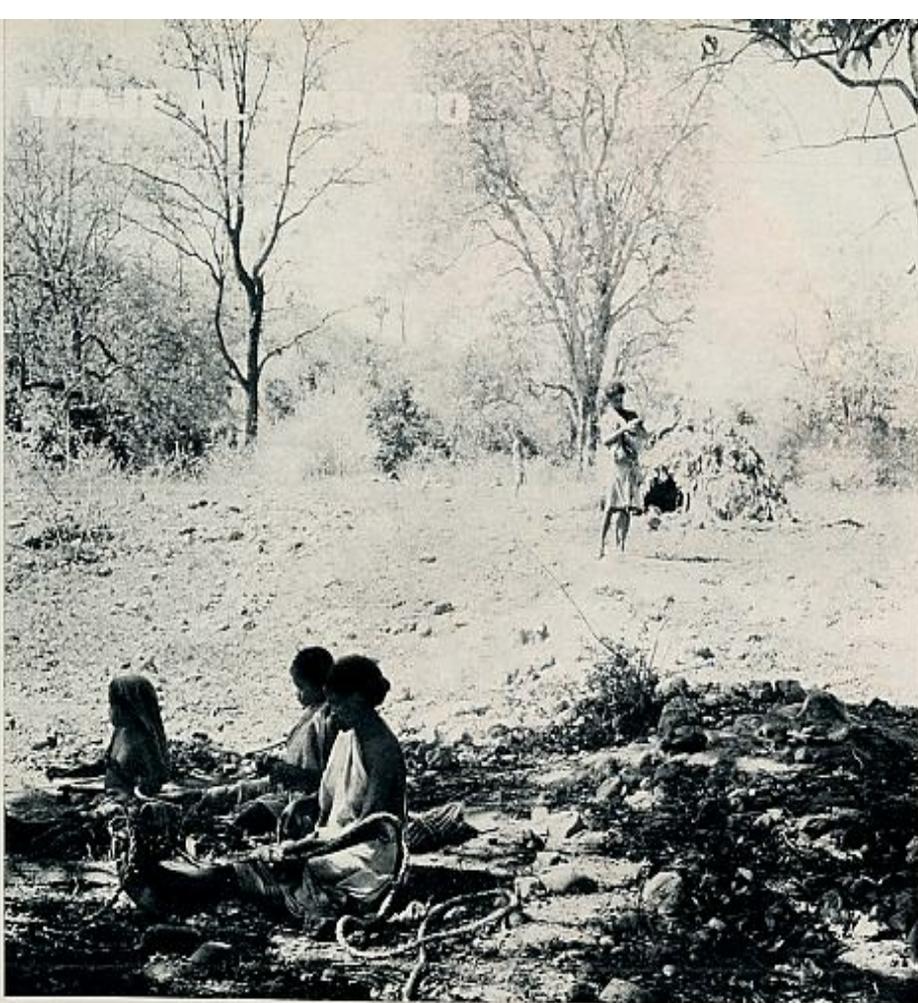
Los cazadores Birhor adoran a Singbonga. El más anciano de ellos da unos ligeros golpes en su tan-tan. Esta es la señal para comenzar el acto. El tan-tan suena en todas las religiones primitivas porque la fase de la meditación debe ir acompañada de un sonido.



VIAJE AL PASADO



SIGUE



El poblado Birhor se llama «tanda». Los Birhor son pequeños cazadores nómadas y colectores de tubérculos de la selva. Muchos de ellos se consideran ahora «civilizados» y saben de cultivos y conocen el comercio.

era un pavo con una sola pata; el marido de una mujer encinta le dijo: «Ha de ser tratada como una flor, si no la luz puede marchitarla». Recordé a este propósito un mito encantador de las poblaciones aborígenes andamanes: las almas de los niños que aún no han nacido habitan en un grande árbol de ficus, rigurosamente tabú por este motivo, en espera de que un pájaro verde, que come los frutos del ficus, cante de cierta manera: en aquel momento una de las almas se prepara para el viaje, y las madres del poblado vecino, que también han oído el canto del pájaro, esperan con ansia cuál de ellas será la escogida por el niño que llega. Si el niño muere antes de haber sido destetado, su alma regresa al ficus; su primera experiencia de la vida no ha tenido éxito; paciencia, ya podrá intentarlo una próxima vez. Es una historia de Peter Pan, que oída de los labios de un pigmeo, con su lenguaje repleto de imágenes y transfiguraciones poéticas, deja a uno conturbado y emocionado.

La poesía del primitivo y su manera de interpretar el misterio de la vida y su mitología son el medio de racionalizar y «controlar» lo desconocido. Ningún animal sabe que la muerte es inevitable, observa Caletón Coon; la gacela vive, afrontando diariamente la muerte en muchas ocasiones, pero cada vez es para ella un acontecimiento nuevo. En cambio, el hombre tiene conciencia de que cualquiera que sea la cosa que haga no puede escapar de la muerte al fin. Ante este problema angustioso, esta revelación aterradora, puede conservar su equilibrio psíquico apoyándose firmemente en una creencia: la existencia de una vida ultraterrena. También mis Birhor, como todos los primitivos, conservan su

propio equilibrio mediante esta fe. La oración de Naya al Sol, que transcribo a continuación, según la traducción del hombre Ho, dice así (repeto, aproximadamente, porque es imposible hallar expresiones equivalentes cuando el asunto es abstracto, al pasar a una lengua moderna, partiendo de un idioma primitivo): «Oh, Singbonga, que sales cada día, ruego que nos des siempre buena luz (vida) y buena caza; no te alejes jamás; no permitas que muramos antes del tiempo justo, e ilumina el camino de nuestra sombra, indica la buena vida para nuestras almas cuando llegue el momento oportuno».

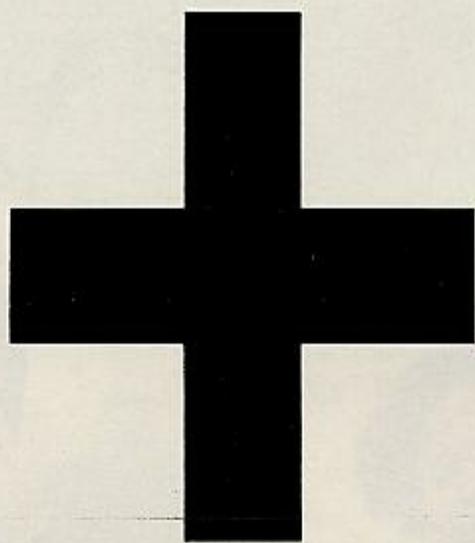
Su mundo espiritual es rico y poético, aunque a simple vista absurdo y complicado y francamente obsesivo y en algunos puntos automortificante. Un mundo construido pacientemente en el transcurso de milenios, y en la actualidad fijado hasta en sus más diminutos detalles. ¿Cómo se puede salir de él, cómo se puede abandonar sin sufrir una laceración psíquica violenta? Hasta cuando un primitivo acepta una religión, un mundo espiritual extraño, no puede menos que intentar conciliarlo con el propio, y todo esto sin que falte una gran fatiga intelectual. Un grupo de negros pahuin, que trabajaba bajo mi dirección, me pidió un día colectivamente que les «explicara bien» qué cosa es el pecado original; podéis comprender que para ellos era un nuevo, oscuro y amenazador tabú, contra el cual no era posible siquiera un seguro antídoto; no habían entendido nada del concepto cristiano de la redención conseguida por el Hijo de Dios, porque para ellos era muy difícil penetrar su sentido. En las islas Dahlak, en el bajo Mar Rojo, tenía a mis órdenes un servidor eritreo extraordinaria-

mente inteligente, católico, que considero y trato como un verdadero amigo (todavía nos cruzamos cartas, transcurridos doce años). La confianza que entre los dos se estableció a causa de las conversaciones diarias al fin de la jornada, sentados frente a nuestra tienda en una pequeña isla desierta, me permitió penetrar en su mundo interior; era un individuo ampliamente educado, leía y escribía en dos lenguas, sabía contar mejor que yo, pero se había construido una mitología increíblemente complicada y compuesta, en la cual se mezclaban conceptos cristianos con fantasmas, tabús, creencias y mitos de una cultura típicamente primitiva. Había, no obstante, encontrado su equilibrio y lo defendía con tenaz convicción, de tal modo que me hacía notar respetuosamente que era él el «verdadero cristiano» y no yo.

En la víspera de mi partida del campamento Birhor, dos esposos me presentan a su pequeño hijo al que había curado de una grande y molesta herida en el brazo. Le quité las vendas, la herida estaba casi cicatrizada del todo, los antibióticos habían realizado el milagro. El brazo del niño fue observado por todos los habitantes del poblado, y Naya convocó una especie de consejo bajo el gran árbol central, en el que tomaron parte también las mujeres. Comprendí que discutían algo sobre mí; pero no pude entender de qué se trataba. Luego fue llamado e interpelado el hombre Ho. La asamblea duró casi una hora, y finalmente el grupo se disolvió sin que aparentemente se hubiera llegado a unos acuerdos definitivos. Más tarde, cuando pude interrogar al hombre Ho, supe que el tema había sido tratar de ofrecermé alguna cosa, no como pago de mis servicios, cosa ignorada por ellos, sino como un homenaje ritual o acto de devoción. Alguien propuso un ramillete de plumas de pavo real (las plumas de pavo real tienen un significado de prosperidad, de augurio). A Naya le parecía mejor una mano desecada de un mono, que ellos conservan fija al extremo de un bastón con un significado propiciatorio, colocada sobre la cabaña del cazador que fue el primero en cazarlo. Pero no se pusieron de acuerdo. El hombre Ho no supo decirme por qué motivo; él mismo comprendía muy poco o nada la mentalidad de los «monkey men», como llamaba a los hombres monos. En el momento de la partida, cuando la tribu me rodeaba para despedirme, tenían una actitud de vacilación, de incertidumbre: era la que tendríamos nosotros al saludar a un marciano, que después de una breve e incomprensible visita estuviera a punto de volver a su cohete para dirigirse a no sabemos cuál planeta. Nadie me preguntó a dónde me dirigía, o si volvería. Los hombres me acompañaron durante un trecho hasta el límite del bosque, después se quedaron entre la hierba para ver cómo desaparecería acompañado del hombre y del muchacho Ho, al internarme entre los árboles. Cuando me volví para dirigirles mi último gesto de saludo, permanecían todavía inmóviles, pequeños y negros, parecían monos que hubieran descendido de los árboles.

Quedé embargado por una vaga emoción producida por la despedida, una separación definitiva, el quedar para siempre alejados, y sentía también una suave melancolía, como cuando se dejan atrás unos momentos de poesía que se sabe que no se encontrarán jamás, que se perdieron para siempre. Una melancolía ante esta permanente fatiga para ser hombres verdaderos, ante la

SIGUE



VENTAJAS



50 ANIVERSARIO



25% DESCUENTO



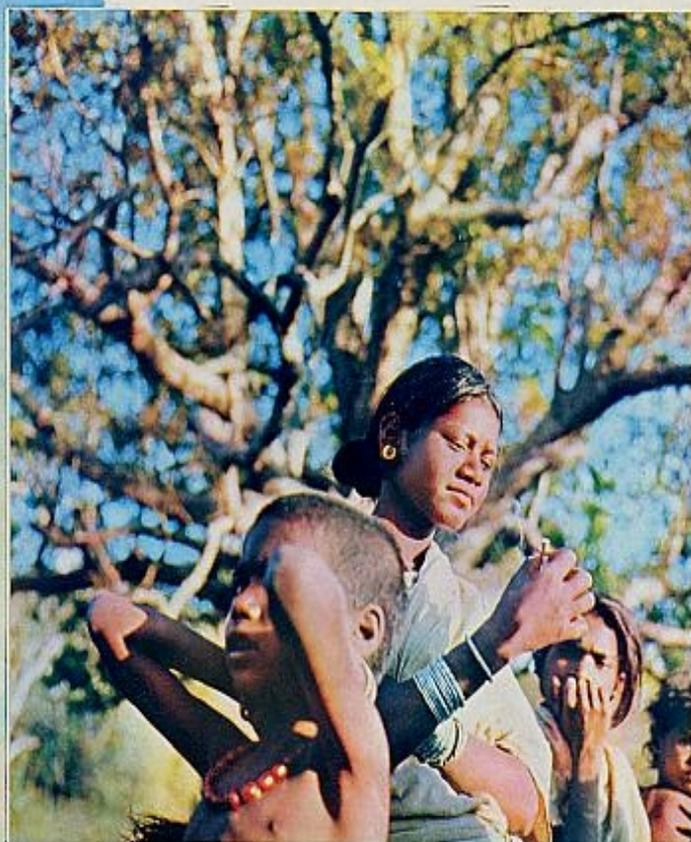
usted que sabe lo que vale
sepa lo que ofrecemos, más ventajas
por celebrarse nuestro 50 ANIVERSARIO
es igual a un 25% de DESCUENTO
en todos los artículos de
ESTABLECIMIENTOS ALVAREZ.
sólo viendo nuestros precios creará
en nuestra oferta especial del 50 aniversario.

vajillas - porcelanas
loza - cristal y objetos de regalo!

Los Birhor se reunieron a última hora de la tarde, bajo el gran árbol del centro del poblado, para dedicarse a colokuar con el visitante extranjero, es decir, el periodista. El jefe había concedido permiso a éste para instalar su tienda de campaña entre sus cabañas de ramas.



VIAJE AL PASADO



La muchacha saborea un cigarrillo. Sus collares los adquirió cambiándolos por plumas de cola de pavo y cuerdas de fibras vegetales. Las plumas son muy solicitadas por los traficantes de la India.

fatiga de sobrevivir como especie. Los Birhor son ordinariamente activos y alegres, como lo son todos los primitivos que no están enjaulados en reservas o mortificados por la decadencia; pero en aquellos adioses los vi por primera vez melancólicos y llenos de interrogaciones, aunque no me las formularan claramente. Tal vez comprendían, aunque no lo expresaran, cuán profunda e insalvable es la zanja que existía entre nosotros. Habrá quedado en la memoria de unos y otros la sensación de un breve encuentro inútil y hasta cierto punto doloroso. Subiendo a la tercera o cuarta colina, porque todas son iguales, recubierta de un bosque silencioso, indescifrable, hostil para mí, sonaba en mis oídos, y de una manera cada vez más insistente, siguiendo el ritmo de los pasos, aquella exclamación: «¡A Dios salvajes! ¡A Dios salvajes!» con que termina su autobiografía Levi-Strauss. Adiós pueblos primitivos, adiós viajes a la edad de piedra, el tiempo corre. En Andamane, donde había creído que encontraría todavía un millar de aborígenes (hace un siglo eran seis mil), me dijeron que únicamente eran unos pocos centenares; de la legendaria población de los Ónge, de unas setecientas almas en 1901, sólo quedan ciento treinta. Y lo mismo sucede en cualquier parte del mundo, donde hay bosques, desiertos, montañas o islas en las cercanías de los territorios ocupados por el hombre civilizado: lo mismo en África que en el Asia meridional, en Polinesia y Melanesia, en América del Sur y en Australia. De los trescientos mil aborígenes australianos de hace dos siglos, sobreviven poco más de cuarenta

SIGUE

(Para a la página 63.)



(Viene de la página 35.)

mil. Los setenta mil tasmanianos se extinguieron en setenta y tres años desde el inicio de la colonización blanca. Los bosquimanos y los hotentotes del África del Sur han quedado reducidos a unos míseros residuos en la estepa del Kalahari y en las montañas del Oeste. Los onas de la Isla Grande de la Tierra del Fuego fueron exterminados en medio siglo; de los cinco mil individuos del año 1880, fecha de la llegada de los blancos, se contaban treinta y seis en 1938; hoy no queda más que un recuerdo.

Algunas poblaciones resisten. Pero la posibilidad de supervivencia, como raza y como cultura, está vinculada con un factor de aislamiento. Intenté buscar entre los Birhor las razones de esta condición y procuré saber si tenían conciencia de ello. Escogí los Birhor porque representaban un *test* ideal: no eran los clásicos salvajes cortadores de cabezas y canibales, como los que había visitado en Nueva Guinea, aislados completamente de nuestra civilización, sin que ni siquiera tuvieran noción de su existencia, sino al contrario, tenían la posibilidad inmediata de rendirse a ella, de juntarse con esta civilización (aunque fuera en la forma más elemental en aquellos miserables poblados indios) a uno o dos días de camino en el bosque. ¿Por qué no lo hacían? Viviendo con ellos, hora por hora, comprendí que su especialización es en la actualidad irreversible, tendente a un único género de actividades, la caza y la recolección en el bosque, una especialización casi fisiológica que los había hecho perfectos en aquel determinado ambiente, pero inadaptados del todo para afrontar otro diverso; finalmente que su mismo ensimismamiento en un mundo social y espiritual desarrollado bajo sus formas exclusivas, sin relaciones ni intercambios con mundos diferentes, que negaba la posibilidad de compromisos con otras culturas, otras maneras de vivir, de pensar y de ser.

Los Birhor sobrevivirán mientras puedan resistir. En el poblado de Neterhati, como ya referí anteriormente, encontré al regresar una comunidad de Birhor que habían capitulado, aceptando abandonar sus poblados y sus campos de pequeños nómadas para instalarse en las cabañas de barro seco preparadas por el gobierno distritual, ansioso y ambicioso de eliminar las tribus de aborígenes en su propio territorio. Ante la imposibilidad de caza (está demasiado lejos el bosque), incapaces de dedicarse al cultivo de la tierra por sus manos demasiado débiles y delicadas, hasta con dificultad para dedicarse a la fabricación de cuerdas por las prohibiciones de las autoridades forestales de quitar cortezas a los árboles, me parecían como unas pobres sombras de aquellos otros, pequeños pero enérgicos hombres del bosque con los que acababa de convivir durante unos pocos días antes. De fieros cazadores aborígenes, sanos, bruniados, desnudos del bosque, habían degenerado repentinamente en unos pordioseros piojosos y andrajosos. Próximo a su poblado estaba una pequeña casa: la escuela. La visité; había diez o quince niños, cuyo maestro los hizo limpiar los pies al ingresar en el «colegio extranjero». Me hicieron los saludos de rigor, cantaron canciones y agitaron sus manos. Estos, pensé, cuando mayores, ya no serán Birhor más que de nombre. Y tal vez se esforzarán, al sentirse sin raíces, en olvidar su origen, procurando insertarse de la mejor manera posible en aquel nuevo medio que ya los envolvía y del que ya no se podrían sustraer en lo sucesivo; no conservarán recuerdos del bosque, de los pavos reales sobre los árboles, de las cabañas de hojas, tan frescas y arregladas, comenzarán a dudar del dios Sol, irán al cine, se cruzarán con hombres y mujeres de otras razas. De esta forma, los Birhor desaparecerán como etnos y como cultura, habrán de seguir el curso de la humanidad contemporánea, que se dirige a la formación de una raza única, la raza mestiza.

¿Dentro de unos cuantos años subsistirán algunas poblaciones primitivas? Después de los grandes estragos de los dos últimos siglos, causados por las armas y también por las enfermedades (tuberculosis y sífilis, en primer plano), en la actualidad, los etnólogos, en muchas partes del mundo, intentan convencer a los Gobiernos y a los misioneros que sigan una política de respeto y de prudencia. Hay alguno, como Herbert Tischner, que hasta se conserva optimista: no veo que sea imposible, escribe, salvar algún grupo de aborígenes, por ejemplo, en Australia. Pero esto parece más una reparación *in extremis*, de cuyo éxito me permito dudar, tal vez es ya demasiado tarde. Y tal vez dentro de cincuenta años no será posible encontrar en su estado normal a un solo primitivo, y nos veremos obligados a reconocer que el hombre civilizado está destruyendo la vida sobre el planeta, en todas formas y en todos los niveles. De una manera particular habrá desaparecido el testimonio vivo de nuestros primitivos estados de cultura, las fuentes originales de nuestros mitos, de nuestras estructuras sociales, de nuestra misma civilización. Y habremos perdido el primitivo sentido del paraíso, porque la palabra paraíso, en persa, significaba sencillamente reserva de caza.

FIN

Texto y fotografías de GIANNI ROGGI
Copyright L'EUROPEO Agencia INTERSTAMPA

clasificaciones anuales

POR esta época nos llegan, un poco desde todas partes, las clasificaciones de los mejores deportistas del año.

Resulta difícil conjugar criterios muy opuestos y, sobre todo, tendencias chauvinistas inevitables. Cada cual intenta llevar el agua a su molino.

Evidentemente, ha habido unanimidad para designar a Ron Clarke, el fenomenal atleta australiano, como indiscutible número 1. De un hombre que ha mejorado o batido veintidós records mundiales en doce meses, no hay muchas copias. Pese a sus últimas derrotas ante el keniano Kipchongo Keino, la elección de Clarke no ha admitido dudas.

¿Cuál es la posición, el criterio español sobre estos esrutinios y encuestas?

En realidad, nos limitamos a hacer de intermediarios, sin intervención directa. Por medio de algunas publicaciones especializadas se emite el voto en determinados "referendums" de carácter internacional.

La mayoría de edad de nuestro deporte quizá obligue ya a movernos por nuestra propia cuenta. Hasta el año pasado, la revista "Vida Deportiva" organizaba su "Noche del Deporte" para elegir el mejor deportista español del año. La iniciativa tuvo siempre un feliz éxito. Ahora, desaparecida "Vida Deportiva", parece que será otra revista, "Dicen", la que continuará, en una nueva época, la idea.

Hace algún tiempo, con ocasión de un cambio de impresiones en la Asociación Nacional de Críticos Deportivos, se habló de la necesidad de coordinar opiniones y criterios sobre este problema, con el fin de dar uniformidad y unidad a la encuesta. Incluso se habló de que la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes patrocinara una fiesta anual para la fase final de la elección.

No es nuestro propósito proponer que se le quiten las iniciativas a nadie. Pero sí resaltar la importancia y trascendencia que en casi todos los países se concede a este tipo de consultas. En Inglaterra, la elección del mejor futbolista del año da ocasión a una fiesta excepcional, que se celebra, precisamente, la víspera del mayor acontecimiento balompédico de las Islas: la final de la Copa.

Elección del mejor futbolista del año; elección de los mejores deportistas del mundo. ¿Por qué no nuestro país debe tomar las riendas de su propio punto de vista? ¿Por qué la Asociación de Críticos Deportivos, que va tomando cuerpo y forma, no se encarga de codificar un reglamento sobre la materia, a fin de recoger la opinión de todos los informadores del país?

Nos parece que la sugerencia, que por puro manido quizá nadie se ha atrevido a plasmar, es interesante. Nos parece un poco absurdo que, con una periodicidad casi agotadora, la Prensa española vaya publicando las elecciones de "World Sports", de la Agencia Húngara, de "Sport Illustrated", de "L'Equipe", etc., sin dar a conocer su particularísimo criterio. ¿Por qué?

Con frecuencia, en esas clasificaciones extranjeras, nos encontramos con nombres ilustres, pero también con otros de medio pelo, impuestos por un espíritu nacionalista o patrioteril, que en nada son superiores a la de algunos españoles distinguidos. Pero, naturalmente, nadie nos va a conceder nada, ni aun en algún caso excepcional como el de Manolo Santana, que hasta la final de la Copa Davis no había perdido un solo "set" en toda la competición, hecho que sepamos sin precedentes para un equipo que ha intervenido en siete eliminatorias.

Sin afanes de chauvinismo, si sólo con el único fin de demostrar que también tenemos opinión como el que más, creemos que deben españolizarse todos estos esrutinios. La Asociación de Críticos Deportivos tiene la palabra.

J. J. CASTILLO